

cuanto a su *oikonomia*, es decir, al modo en que administra su casa, su vida y el modo en que la ha creado, él es, en cambio, triple. Como un padre puede encomendar al hijo el desarrollo de ciertas funciones y de ciertas tareas, sin perder por esto su poder y su unidad, así Dios confía a Cristo la economía, la administración y el gobierno de la historia de los hombres”.<sup>3</sup>

A partir de este fragmento ya comienza a entenderse la vinculación entre el concepto de *dispositivo* con el de *oikonomia*. Precisamente la distinción entre *essere e prassi* será decisiva para entender la progresiva separación entre gobierno y administración, *autoritas* y *potestas*; en definitiva, entre *Regno e Governo*. El concepto de *dispositivo* recoge toda la carga semántica heredada de su origen teológico. Agamben, ampliando el significado que posee en Foucault, lo define de la siguiente manera:

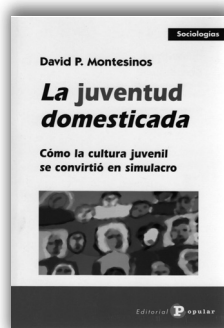
La capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, la conducta, la opinión y los discursos de los seres vivientes... En este sentido, por ejemplo, un mismo individuo, una misma sustancia, puede ser el lugar de múltiples procesos de subjetivación: la utilización de los teléfonos móviles, el navegador en Internet.<sup>4</sup>

Según la temática analizada en el libro, podría entenderse la *oikonomia* como una “*oikonomia* de la salvación”, esto es, como el *dispositivo* empleado por Dios para administrar a través de su Hijo su gobierno en el mundo y *ejecutar* así su *plan divino*. A juicio de Agamben (p. 54):

El dispositivo estratégico fundamental, a través del cual Hipólito imprime a la *oikonomia* un nuevo sentido, es, no obstante, el giro del sintagma paulino “economía del misterio” en “misterio de la economía”... La *oikonomia* —y su equivalente latino *dispensatio* y *dispositio*— es, sobre todo, el dispositivo con el cual... trata de hacer frente a la imposibilidad de una argumentación filosófica del sintagma paulino “economía del misterio” en *oikonomia sacramentum*, que reviste a la economía de toda la riqueza y la ambigüedad semántica de un término que significa, al mismo tiempo, juramento, consagración y misterio.

Este texto es decisivo para entender el desarrollo del proyecto de Agamben iniciado con la publicación de *Homo Sacer*. El concepto al que se hace referencia es el de

*sacer*, verdadero término técnico que funciona como *dispositivo* en el pensamiento de Agamben. De hecho, en la segunda parte del ensayo *Chè cos'è un dispositivo?* realiza un breve resumen de la conexión entre lo *profano* y lo *sagrado* que ya había tratado en obras anteriores. Su intención es establecer que la diferencia entre el paradigma cristiano de la *oikonomia* y la noción de *dispositivo* en sentido moderno guarda relación con el tema de la *profanación*. En este sentido, su obra anterior, *Profanaciones*, ya trataba dicha cuestión. En definitiva, la reflexión realizada en *Il Regno e la Gloria* nos permite profundizar en los conceptos claves del pensador italiano con una nueva óptica en la que se recogen elementos que estaban *diseminados* en sus obras anteriores.



## LA INFLUENCIA SOCIAL DE LOS JÓVENES

DAVID P. MONTESINOS  
**La juventud domesticada.  
Cómo la cultura juvenil se convirtió en simulacro**

(Editorial Popular, Madrid, 2007)

Salvador Cardona

¿Qué puede esperar la sociedad actual de los jóvenes? ¿Y qué pueden esperar los jóvenes de la sociedad actual? David P. Montesinos se adentra en este juego de reciprocidades desde su condición de profesor de filosofía en la Enseñanza Secundaria. Como profesor cuenta con una experiencia inmediata de la juventud de nuestro país, o al menos de la primera fase de la juventud. En las aulas, y no sólo en ellas, pues el instituto también cuenta con otros espacios de convi-

vencia como pasillos y patios, se muestran a su indudable capacidad de observación muchachos y muchachas con edades que transcurren entre los doce y los dieciocho años. Como filósofo interpreta esos comportamientos según una tradición de pensamiento que tiene en la Ilustración su momento crucial y en las teorías críticas y postmodernas del siglo XX sus etapas de crisis y revisión.

El mismo título del libro nos advierte de que sus conclusiones tienen un marcado carácter pesimista: o se puede esperar poco o ya no se puede esperar nada. Escepticismo y nihilismo teñirían las relaciones entre adultos y jóvenes en la sociedad de nuestros días. Esta ausencia de creencias y valores se enuncia con una conciencia que se reconoce a sí misma como constituida fundamentalmente en un pensamiento político de izquierda, una ideología que toma como concepto de referencia la comunidad, concepto que se aprecia como un valor irrenunciable. Sin embargo, esas mismas relaciones podrían enjuiciarse con otro cariz más optimista, con una óptica más satisfecha con el estado actual de las cosas. Nos situaríamos entonces en un pensamiento democrático liberal, o dando unos cuantos pasos más, en un neoliberalismo, y adoptaríamos la ideología de quienes justifican el orden social establecido, precisamente lo que Marx designaba como ideología. En ese caso estaríamos cayendo, según el autor, en lo que Marcuse denominaba “conciencia feliz”: una satisfacción en la vida que alcanzaríamos mediante la influencia de unos medios tecnológicos, medios de comunicación de masas y sistemas de producción en masa, que beneficiaría a los que tienen el poder. Esta felicidad se alzaría sobre la resignación, sobre la aceptación de la sociedad tal como nos la encontramos. Los seres humanos pasarían a ser masas domesticadas. Ante esta tesitura, el lector del libro avanza a través de sus páginas preguntándose sobre los niveles de bienestar de los que goza una sociedad como la española. ¿Obedecen a un gran engaño? ¿Sólo aparentemente ofrecen a sus integrantes aquello que desean o merecen? ¿Se ha estructurado la sociedad de tal forma que ofrece unas condiciones de vida inaceptables o indignas? Son preguntas

<sup>3</sup> G. AGAMBEN, *Che cos'è un dispositivo?*, Nottetempo, Roma, 2006, pp. 16-17.

<sup>4</sup> G. AGAMBEN, *Che cos'è un dispositivo?*, pp. 22-23.

inquietantes y que conviene hacerse, pues apuntan en su propio enunciado a un viejo ideal de la humanidad: la aspiración a una vida digna. Una pregunta, por otra parte, recurrente en la filosofía: ¿cómo vivir?

La interpretación que Montesinos hace de las formas de vida vigentes señala y denuncia ese simulacro al que hacíamos mención, y de esta forma vamos descubriendo la correspondencia existente entre la sociedad y la juventud. La simulación y la domesticación afectan a los jóvenes porque son las notas predominantes de nuestra forma de vivir, de nuestra cultura de masas. La tarea intelectual que se expone en este estudio es la de ir desvelando cómo en algunas actividades que tienen consecuencias importantes en la configuración de nuestra existencia se han ido acusando esos rasgos de impostura y sometimiento. Especial atención de nuestro autor merece el trabajo como elemento esencial de la sociedad. La forma en la que se desarrolla y el valor que le damos tiene efectos inmediatos en cómo nos concebimos a nosotros mismos. La tendencia que se observa en la organización de las relaciones laborales es hacia una precariedad y flexibilidad cada vez mayor. Siguiendo los diagnósticos de sociólogos como Zygmunt Bauman y Ulrich Beck, la conclusión es que la condición de los trabajadores está perdiendo estabilidad y certeza. Desde esa posición de debilidad e incertidumbre, las posibilidades de exigir una valoración justa del trabajo van disminuyendo de tal forma que la domesticación y el sometimiento de los empleados se consolidan. La sociedad europea se va transformando debido a que el trabajo se desarrolla en empresas que ya no siguen el modelo de una racionalización jerárquica capaz de ofrecer estabilidad a sus trabajadores. La vida laboral de los individuos se irá desarrollando en una sucesión de cambios que impedirá que puedan tomar conciencia de pertenecer a un colectivo con unos intereses comunes que defender. Esto acentuaría el carácter individual de cada existencia. La dialéctica entre individualismo y comunitarismo, presente en todo el libro, tiene aquí una de sus concreciones. Los individuos se desenvuelven en sus vidas laborales como seres solita-

rios y aislados haciendo recaer todas sus expectativas en sus propios recursos y valía. Es evidente que, ante cualquier conflicto de intereses con la empresa, la fuerza de estos seres que actúan sólo individualmente es notablemente inferior, y esto irá jugando a favor de los empresarios. Este individualismo que Montesinos atribuye a la influencia que la sociedad estadounidense ejerce sobre el resto del mundo, denominándola colonización cultural, estaría acabando con el modelo europeo que dio lugar al Estado del Bienestar. Y la fragilidad que va caracterizando la vida económica de los seres humanos es más preocupante cuando se constata que las empresas son las protagonistas de ese fenómeno al que llamamos globalización. Los intereses de las grandes empresas se imponen a las formas clásicas de acción colectiva: sindicatos y partidos políticos. Por todo ello el autor denuncia el aislamiento al que se encaminan los individuos y que les hace perder el control sobre sus propias vidas. Así se plasma la domesticación de los adultos en su vida laboral.

¿Cómo llegan a ese mismo estado los jóvenes? El concepto de domesticación se explica en la misma introducción. Se entiende como el proceso por el que el salvaje pierde su espontaneidad, su libertad original, y se le conduce a la aceptación de unas pautas de vida establecidas. En el caso de los jóvenes consistiría en privarles de su capacidad de transformar el mundo con el que se encuentran. El autor diferencia este proceso de lo que sería la educación, que contendría tanto la transmisión de conocimientos y valores que permitirían al joven integrarse en la sociedad, como la transmisión de una capacidad crítica que potenciaría la posibilidad de cuestionarse lo establecido y por lo tanto invitaría a su transformación. La domesticación disminuye nuestra libertad mientras que la educación la fortalece. Esta confianza en la educación es un reconocimiento de la herencia que la filosofía de la Ilustración nos ha legado. Incluso en la cita que abre el libro y que se debe a Jim Morrison, uno de los representantes de la cultura juvenil, podemos encontrar un misterioso paralelismo con el texto de Kant *¿Qué es Ilustración?* El cantante señala la existencia de unos

señores que viven ocultos y que están ahí debido a la pereza y la cobardía. El filósofo ilustrado advertía del peligro al que conducirían precisamente esos rasgos de la humanidad, la pereza y la cobardía, y que no era otro que el de verse reducido a la condición de pupilo, condición que identificaba como la de animal doméstico, al que caracterizaba como entontecido y atemorizado. El remedio es de todos conocido: atrévete a saber. Esta decisión valiente debía sobreponerse a un cómodo y seductor hábito en el que caen fácilmente los hombres: "Si puedo pagar no me hace falta pensar". El optimismo de los ilustrados hacía que Kant proclamase que había llegado el momento de dejar atrás esa condición sumisa e infantil. Sin embargo, cuando dos siglos más tarde observamos que en la humanidad siguen actuando con fuerza los mismos defectos, no es de extrañar que el pesimismo sea el estado de ánimo que nos invada. Un profesional de la educación, como Montesinos, experimenta ese sentimiento con mayor intensidad si cabe.

¿Por qué se somete hoy el joven? ¿Es consciente de su propia domesticación? ¿Percibimos los adultos que nuestros jóvenes son dóciles y manejables? A esto último responderíamos de forma espontánea que no. Aparentemente la juventud de hoy en día se manifiesta como reacia a cualquier control por parte de sus mayores. Parece no aceptar ninguna autoridad y vive como si la sociedad estuviera pendiente de sus exigencias. Es habitual escuchar y leer afirmaciones en las que los adolescentes son descritos como déspotas o en las que los padres, o profesores, se lamentan de la imposibilidad de hacer que sus hijos, o alumnos, les atiendan, les respeten o les obedezcan. Desde luego esto es una generalización, pero si se ha llegado a ella conviene saber por qué ha sido. La interpretación del autor es que esta forma de manifestarse los jóvenes es un simulacro, y que allí donde apreciemos rebeldía y transgresión en el fondo no hay sino aceptación y resignación. Aquí es donde la comprensión de lo que ocurre en nuestra vida social se realiza según una forma de pensar que tiene su raíz en la filosofía crítica y postmoderna. Los cambios que han experimentado las mane-

ras que los jóvenes adoptan para pensar, expresarse y comportarse, es decir, para vivir, y por ello podríamos hablar de una cultura juvenil, consisten en una pérdida de autenticidad. Se ha desvanecido en la juventud su capacidad para enunciar un proyecto de transformación de la sociedad. No surgen propuestas que puedan ofrecerse como alternativas a los valores e ideales que rigen las vidas de los individuos. Esto es lo que echa en falta Montesinos y lo que encuentra en la juventud de los años sesenta que protagonizó las revoluciones del 68.

Según se nos expone en el texto, la juventud propiamente dicha no existe hasta la segunda mitad del siglo XX. Es en esta época donde lo juvenil adquiere una identidad y una capacidad de influir en el orden de cosas existente. Hasta ese momento el periodo de tiempo en la vida de las personas que comienza al finalizar la infancia y que termina con su plena integración en la vida adulta (edad esta última difícil de precisar por motivos de diversa índole, entre los que destaca ese afán, tan presente hoy en día, por conseguir la eterna juventud) se consideraba una etapa de transición que adquiría sentido en la preparación del individuo para desempeñar un papel activo en el mundo de la responsabilidad adulta. Es cierto que en esa etapa se concedía a los jóvenes ciertas licencias que desaparecerían más tarde. Sin embargo, en los años sesenta la juventud se presenta negándose a participar en la sociedad que han configurado sus mayores. O bien denuncian la traición que los adultos han hecho de los valores que han transmitido a sus hijos e hijas, o bien exigen mayores márgenes para la libertad. Montesinos defiende esta cultura juvenil frente a aquellos intelectuales, tanto de derechas como de izquierdas, que minimizan o ridiculizan esa irrupción de los jóvenes en la vida social. La razón que aduce para su reivindicación es que las propuestas de aquel movimiento siguen teniendo su sentido hoy en día, aunque asume el fracaso que como movimiento revolucionario típico tuvo, ya que el poder político y económico se mantuvo intacto. La influencia que ejerció mayo del 68 en el pensamiento de izquierda se concreta en la ruptura con el estalinismo; en el abandono de las manifestaciones

ortodoxas y serias para abrazar modos de reivindicación descarados y heterodoxos; en el rechazo a las organizaciones jerárquicas para adherirse a acciones de carácter fragmentario y polimorfo; en la asunción de ideales como la emancipación de la mujer y de los homosexuales, el pacifismo y la propuesta de una mayor libertad en las relaciones amorosas y familiares. Por ello, y por su defensa de lo colectivo y comunitario, el autor identifica esta cultura juvenil como algo real. ¿Por qué ha dejado de serlo? Seguramente porque el poder, como se ha dicho, permaneció intacto. A partir de entonces la organización económica de las sociedades avanzadas decidió que la forma más efectiva de reintegrar a los jóvenes en el sistema no era la represión sino su seducción.

Esta anulación de la capacidad de la cultura juvenil para incidir en la conformación de las relaciones sociales se realizaría desde dos frentes; por un lado lo juvenil se instituiría como uno de los valores predominantes de la sociedad y, por otro, los jóvenes se convertirían en un importante público consumidor al que se dirigiría todo tipo de productos. De esta manera la sociedad se habría apropiado de los jóvenes. Su energía, dinamismo y entusiasmo se encauzarían hacia el consumismo, y no tendrían motivos para rechazar ni transgredir una sociedad que ha adoptado su imagen como signo de identidad. Montesinos hace un análisis del consumismo en el que vuelve a aparecer la dialéctica entre individuo y comunidad. Aunque reconoce que la importancia dada al individuo en la modernidad es incuestionable, y defiende que el individuo ilustrado posee los valores de la autonomía y la responsabilidad, sin embargo piensa que estos rasgos del ser humano se han postergado y que el ciudadano que los representaría ha sido sustituido por un consumidor que se caracteriza por el hedonismo y la pasividad. Los jóvenes estarían formando su propia identidad a través de los objetos que consumen, unos objetos cuya principal cualidad no es la utilidad que puedan tener, sino su capacidad simbólica. Así pues, se inician en la posesión de objetos hasta el punto de que es esa misma posesión lo que los hace ser alguien, es decir tener una identidad que los demás reconozcan. Este consumismo actuaría

de dos formas, ya que por una parte se adquieren objetos porque se es inducido a ello por la publicidad, pero por otra porque así el grupo, la comunidad, acoge en su seno a los individuos. Esta pasión por los objetos y esta identificación con ellos estaría restando a los jóvenes la posibilidad de ser sujetos para convertirlos en unos objetos más. Unos objetos que irrumpen ante los demás como susceptibles de deseo y que van en detrimento de unos sujetos que se entienden a sí mismos en la dialéctica entre derechos y deberes. La vida es para ellos fundamentalmente imagen y seducción antes que convicción, reflexión y comunicación. Recordemos ahora aquel "si puedo pagar no me hace falta pensar". El resultado de todo ello es que la juventud absorba en ese individualismo consumista se habría desentendido no sólo de los problemas de la comunidad, sino también de aquellos ámbitos de decisión en los que se resuelven.

Argumentando de esta forma, el autor nos conduce a su conclusión: la cultura juvenil se ha convertido en simulacro. Los jóvenes siguen mostrándose rebeldes y transgresores, pero sólo en apariencia, es decir, estamos ante una rebeldía estética, ante la adopción de ciertos símbolos que no contienen un significado capaz de traducirse en una acción, en una revolución. Esta juventud trataría de mantenerse lejos de la vida adulta y de ahí que no presten atención a sus mayores y que hagan de la desobediencia su bandera. Pero esto es así no porque crean en un orden distinto, ya que en el fondo aceptan el sistema capitalista de consumo en el que ya se han instalado. Montesinos es contundente en esto: lo que no han consentido ni a sus padres y profesores lo aceptan sin rechistar de sus jefes. Con tal de asegurarse un sueldo que les permita comenzar a adquirir objetos, admitirán bajos salarios, contratos precarios y obligadas prolongaciones de sus jornadas laborales. Esta renuencia a entrar en la vida adulta encuentra sus espacios propicios en la vida nocturna, allí donde imperan la seducción, los cuerpos, las imágenes, la intensidad emocional y física. La noche pertenece a los jóvenes y a aquéllos que sin serlo se agarran desesperadamente a esa etapa; ése es el tiempo y lugar en

el que ha triunfado su revolución, pero que ha dejado tal cual al día, al reino adulto en el que las obligaciones, esfuerzos, disciplina y poder tienen vigencia. Una revolución que Montesinos califica de caricaturesca.

¿Qué ocurre mientras tanto con los adultos? ¿Asisten complacidos a esta configuración de la juventud? ¿Se han convertido en testigos impotentes de esta degradación? ¿O será que ni siquiera se dan cuenta de lo que ocurre? Ya han quedado reseñadas las razones por las que los adultos también son considerados seres domesticados en el mundo laboral. Un acercamiento a la cultura de masas que domina en los grandes medios de comunicación y entretenimiento nos depara un panorama más desalentador aún. Si atendemos a los productos audiovisuales que consume la mayoría de la población en su tiempo libre, tenemos que admitir que la consolidación de las democracias y los sistemas públicos de educación no han podido impedir lo que se denomina una infantilización del público. Desde las películas comerciales, pasando por la telebasura y terminando en el fútbol-espectáculo, es indudable que al término de la jornada laboral los adultos buscan refugio y evasión de la manera más fácil y simple. En esta cultura de masas, los espectadores difícilmente se van a preocupar por comprender qué está pasando a su alrededor, y los generadores de esa cultura sencillamente esperan que los jóvenes se sumen como nuevo público. Estos espectadores pueriles quedan muy lejos de aquellos seres humanos a los que Kant declarara mayores de edad. Para Montesinos, si los jóvenes apartan a los adultos de sus vidas, los adultos se han distanciado de sus hijos. Estaría fallando la transmisión de la herencia, una transmisión que se inicia en la infancia, donde el niño podría carecer de normas y modelos que seguir. Se iniciaría así un proceso que tendría como consecuencia la anomia: jóvenes que carecen de normas, a los que no se les indica qué está bien y qué está mal. ¿Por qué los adultos habrían desistido de esa misión?

Esa misión esencial se ha efectuado tradicionalmente en la comunidad, en instituciones clásicas como la familia, la escuela o los partidos políticos. La tesis del autor

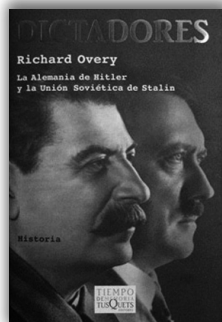
aparece aquí con fuerza: un debilitamiento de la comunidad sólo puede conllevar una incapacidad para la formación intelectual y moral de sus integrantes. Una sociedad que se organiza de modo que el tiempo dedicado al trabajo imposibilita la atención y cuidado que los padres dedican a sus hijos ha de tener como consecuencia unos niños que no han recibido unas normas básicas acerca de qué pueden hacer y qué no les está permitido. Niños que no se han enfrentado a una decidida negación por parte de sus progenitores y que, por tanto, no aceptan obstáculos a su voluntad. Estos padres que desisten de serlo serían aquéllos que al acabar su jornada laboral buscan refugio en la cultura de masas, o aquéllos que no terminan nunca su jornada laboral. Ese tiempo hurtado al cuidado de la infancia luego pasa factura en la adolescencia, y entonces se exige a la escuela que remedie aquellas carencias. Sin embargo, la caracterización que Montesinos hace de la vida en los institutos públicos pone en evidencia que la solución no puede venir de ellos. Los centros de Enseñanza Secundaria se estarían convirtiendo en híbridos entre guarderías y reformatorios, quedando en un segundo término su función como espacios de formación intelectual y moral. Además se exigiría a los institutos que ejercieran una autoridad sobre los jóvenes que efectivamente no tienen. Esa desaparición de la autoridad de los profesores sería una continuación de su extinción en los padres. El resultado que encontraríamos sería el de unos jóvenes sumidos en la anomia que se desenvuelven en un ambiente escolar en el que priman el aburrimiento, la indiferencia y la irresponsabilidad. ¿Realizarán estos jóvenes una revolución? ¿Son capaces de proyectar un futuro mejor? ¿O simplemente van a ingresar en una sociedad de consumidores? El pesimismo de esta descripción e interpretación es abrumador, y aunque como toda generalización es insuficiente, es probable que alcance a un alto porcentaje de la población juvenil. Por tanto, la voz de alarma que surge del texto debe ser atendida.

Como era de esperar, el autor dirige su atención al mundo de la política buscando elementos a los que asirse para modificar la situación. No obstante, las polémicas

que los políticos españoles han desatado con ocasión de sus incursiones en el mundo educativo son un nuevo motivo para el desencanto. Los pocos recursos económicos destinados a la mejora del sistema de enseñanza llevan a la conclusión de que los políticos se acercan a este ámbito sólo para obtener beneficios electorales, beneficios a corto plazo incompatibles con el largo plazo en el que se desarrolla cualquier proceso de formación intelectual. Además, en una consideración más amplia de la política, la tensión entre individuo y comunidad parece haber anulado su sentido, que necesita de ciudadanos preocupados por el bien común. Esta pérdida de intensidad política redundará en el incremento del poder de las organizaciones económicas. Este individuo ensimismado en su hedonismo consumista contempla con indiferencia las estériles controversias de los políticos. Su capacidad de decisión va reduciéndose de modo que su poder es más un simulacro que otra cosa. Si esto es lo que perciben los jóvenes en el enfrentamiento de los partidos políticos, no cabe extrañarse de su apatía hacia la participación en la vida política. Ni ellos se aproximan a los partidos ni éstos, perfectamente instalados en la racionalización jerárquica de sus organizaciones, se preocupan de ganarse la adhesión de la juventud. Esta falta de conexión entre los grupos políticos y la juventud, que el autor hace extensiva a los intelectuales, a los que considera también adocenados en el mundo académico, deja a los jóvenes sin referentes, quedando así desorientados y carentes de modelos para la acción colectiva. Estas denuncias de Montesinos se dirigen sobre todo al ámbito de la izquierda política, allí donde espera encontrar una voluntad de transformación que ofrezca a los jóvenes una sociedad más dinámica, creativa, libre y justa. Porque la inactividad política de los jóvenes, y de los adultos, sería un motivo de satisfacción para la derecha, que se aseguraría así espacios de poder y dominación. Los individuos reducidos a sus tareas laborales y a sus contribuciones consumistas mantendrían en excelente estado de salud al sistema capitalista. Esta forma de sometimiento del individuo es lo que según el autor identifica un pensamiento de derechas.

El aislamiento del individuo, su desligarse de la comunidad, paradójicamente, no lo hace más independiente, sino menos libre.

En las últimas páginas del libro el autor enuncia algunas medidas que podrían revitalizar una sociedad que aparece con el colorido y brillo de la publicidad, pero que esconde unas vidas monótonas y grises. A pesar de su escepticismo y pesimismo, Montesinos se permite un último aliento para la esperanza y lo deposita en la misma juventud a la que ha fotografiado de forma implacable. La propia vitalidad, energía y entusiasmo de los jóvenes le ofrecen una piedra de apoyo sobre la que articular unas formas de acción comunitaria que devuelvan a la juventud su capacidad para convertirse en protagonistas de la vida política y social. Al desconfiar de los partidos políticos, a los que sólo ve como aparatos burocráticos para la obtención y mantenimiento del poder, apunta hacia otras formas de movilización social de carácter espontáneo y anárquico como el cauce en el que podría confluir la energía juvenil y de este modo recuperar los espacios públicos con propuestas de transformación social. De esta forma, la cultura juvenil del 68 entroncaría con las manifestaciones rebeldes contra la globalización económica que han encontrado en el Foro de Porto Alegre su espacio para la comunicación. En este sentido formaría parte de la responsabilidad de los adultos transmitir a los jóvenes estos modelos de orquestación de la acción colectiva. Montesinos está esperando a que los jóvenes irrumpen en la vida pública negándose a ser domesticados, es decir, no conformándose con adquirir una tarjeta de crédito como única señal de identidad



## OFICIO DE HISTORIADOR

### RICHARD OVERY La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin

(trad. de Jordi Beltrán Ferrer,  
Tusquets, Barcelona, 2006)

José Company Víctor

Cuenta Richard Overy, en el 'Prefacio' del libro, que desde muy joven le han interesado los dos dictadores y su época. Overy ha dedicado treinta años de investigación y trabajo a afrontar las verdades históricas. Tzvetan Todorov, en el capítulo referido a las dictaduras comparadas, afirma que ambas dictaduras pertenecen a un género político único: el totalitarismo. Este concepto histórico lo utiliza Overy para examinar los diferentes procesos históricos que impulsan a estas dictaduras a asesinar a gran escala. El libro analiza similitudes y diferencias entre los dos sistemas y, a su vez, explica cómo funcionaba la dictadura personal. Overy llega a la conclusión, tras una buena argumentación, de que las dos dictaduras no son dirigidas por un solo hombre, sino que había complicidad, amplio respaldo popular en dos sistemas revolucionarios que desencadenaban una enorme energía social con una violencia terrible y que, además, conferían a la población un sentido de legitimidad y certeza moral. Como diferencia esencial, el estalinismo construye una utopía comunista que encuentra apoyo por su hostilidad al capitalismo, mientras que el nacionalsocialismo, enfrentado al marxismo, preconiza un nuevo orden social europeo basado en la raza y la superioridad de la Europa germánica.

El capítulo primero ('Stalin y Hitler: caminos a la Dictadura')

relata las vicisitudes que llevan a Hitler y Stalin al poder y la coyuntura histórica de la Unión Soviética y Alemania. Stalin tiene un propósito central: construir el comunismo. Hitler, marcado por la derrota de la primera Guerra Mundial, aspira a una revolución nacionalsocialista. Ambos acceden a la dictadura personal tras dos períodos de crisis intensa tanto en la Unión Soviética como en Alemania. Las dos dictaduras fueron el fruto de una coyuntura histórica única, con aspiraciones populares de cambio. En el arte de gobernar, que da título al capítulo segundo, Overy revela la carencia de democracia en ambos países. Destaca la idea de Max Weber en torno a la figura del líder elegido del pueblo para personificar su voluntad. Cabe resaltar, paradójicamente, que a la autoridad sin restricciones de los dictadores correspondía una debilidad por la confusión y el desorden, en el caso de Hitler, y la inseguridad, acompañada de temor, en Stalin. En los cultos a la personalidad —capítulo tercero— se vislumbra claramente el contexto cultural y político de la época; surge la adulación sistemática al líder. Nietzsche valora el individuo que trasciende el *ethos* predominante y expresa su autonomía moral e independencia. Son los *Übermensch* o superhombres. Max Weber dice que la forma mejor de autoridad política debe ser la de la personalidad carismática, un líder independiente con fuerza psicológica y de voluntad. Carl Jung, por su parte, opina que los logros de la historia son obra de personalidades destacadas o líderes. Gorki anhela un superhombre que acabe con el viejo orden. En general, muchos intelectuales europeos hablan de una personalidad excepcional. Hitler se vincula con el pueblo que, a su vez, se personifica en Hitler, de modo que la voluntad de todos queda subsumida en la del líder. Stalin se identifica con el legado de Lenin: el primer culto a la personalidad. El éxito de los dos cultos a la personalidad se basa en la participación activa y entusiasta de millones de personas. El capítulo cuarto —el Partido-Estado— incide en el Partido, con la prohibición de cualquier otro, como institución fundamental de ambos sistemas. El nacionalsocialismo y el comunismo representan a toda la comunidad; el comunismo supone la revolución social y el